

## **Domingo de Pentecostés**

### **Primera lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 1-11)**

El día de Pentecostés, todos los discípulos estaban reunidos en un mismo lugar. De repente se oyó un gran ruido que venía del cielo, como cuando sopla un viento fuerte, que resonó por toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lenguas de fuego, que se distribuyeron y se posaron sobre ellos; se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en otros idiomas, según el Espíritu los inducía a expresarse.

En esos días había en Jerusalén judíos devotos, venidos de todas partes del mundo. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma.

Atónitos y llenos de admiración, preguntaban: "¿No son galileos, todos estos que están hablando? ¿Cómo, pues, los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay medos, partos y elamitas; otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene. Algunos somos visitantes, venidos de Roma, judíos y prosélitos; también hay cretenses y árabes. Y sin embargo, cada quien los oye hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua".

### **Salmo Responsorial**

Salmo 103, 1ab y 24ac. 29bc-30. 31 y 34

R. Envía, Señor, tu Espíritu, a renovar la tierra. Aleluya.

Bendice, al Señor, alma mía;  
Señor y Dios mío, inmensa es su grandeza.  
¡Qué numerosas son tus obras, Señor!  
La tierra está llena de tus creaturas.

Si retiras tu aliento,  
toda creatura muere y vuelve al polvo.  
pero envías tu espíritu, que da vida,  
y renuevas el aspecto de la tierra.

Que Dios sea glorificado para siempre  
y se goce en sus creaturas.  
Ojalá que le agraden mis palabras  
y yo me alegraré en el Señor.

### **Segunda Lectura del Apóstol San Pablo a los cristianos de Corintio (1 Co 12, 3b-7. 12-13).**

Hermanos: Nadie puede llamar a Jesús "Señor", si no es bajo la acción del Espíritu Santo.

Hay diferentes dones, pero el Espíritu es el mismo. Hay diferentes servicios, pero el Señor es el mismo. Hay diferentes actividades, pero Dios, que hace todo en todos, es el mismo. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común.

Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos ellos, a pesar de ser muchos, forman un solo cuerpo, así también es Cristo. Porque todos nosotros, seamos judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo, y a todos se nos ha dado a beber del mismo Espíritu.

### **Secuencia**

Ven, Dios Espíritu Santo,  
y envíanos desde el cielo  
tu luz, para iluminarnos.

Ven ya, padre de los pobres,  
luz que penetra en las almas,  
dador de todos los dones.

Fuente de todo consuelo,  
amable huésped de alma,  
paz en las horas de duelo.

Eres pausa en el trabajo;  
brisa, en un clima de fuego;  
consuelo, en medio del llanto.

Ven, luz santificadora,  
y entra hasta el fondo del alma  
de todos los que te adoran.

Sin tu inspiración  
divina los hombres nada  
podemos y el pecado nos domina.

Lava nuestras inmundicias,  
fecunda nuestras desiertos  
y cura nuestras heridas.

Doblega nuestra soberbia,  
calienta nuestras frialdad,  
endereza nuestras sendas.

Concede a aquellos que ponen  
en ti su fe y su confianza  
tus siete sagrados dones.

Danos virtudes y méritos,  
danos una buena muerte  
y contigo el gozo eterno.

### **Evangelio según San Juan (Jn 20, 19-23).**

Al anochecer del día de la resurrección, estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Dicho esto, les mostró las manos y el costado.

Cuando los discípulos vieron al Señor, se llenaron de alegría. De nuevo les dijo Jesús: "La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo".

Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar".

## **Homilía**

### **El Tercero Olvidado**

*Eduardo Casas*

En este domingo la liturgia celebra la solemnidad de Pentecostés. Esta fiesta cristiana tiene su origen en la fiesta judía de *Shavuot* también llamada "*Fiesta de las semanas*" ya que se celebra cincuenta días (siete semanas) después de la Pascua (*Pesaj*).

Pentecostés es un nombre que se deriva del griego ya que, en la Antigüedad, los judíos que vivían en la comunidad de Alejandría que hablaban griego le cambiaron el nombre, aludiendo a los cincuenta días. Esta era una fiesta agrícola ya que cultura judía de entonces era una sociedad agrícola que dependía de los frutos de la tierra. En primavera, cuando el trigo, la cebada y los frutos maduraban se le daba las gracias a Dios, llevando al Templo de Jerusalén los dones de la tierra y del trabajo del hombre. Con los primeros frutos, lo que llamaban "*las primicias*", hacían una ofrenda vegetal como acción de gracias al Dios Creador y Providente.

Pentecostés es –para los judíos- la segunda fiesta del calendario, la fiesta de la cosecha en la cual se pone término a las actividades agrícolas. Recordemos que, en la primera Pascua del pueblo de Israel, cuando salió de Egipto, después de atravesar el Mar Rojo, los judíos estuvieron cincuenta días caminando hasta llegar al Monte Sinaí, donde Dios les dio los Mandamientos, la esencia de la Ley religiosa y allí selló la Alianza con su pueblo.

El cristianismo resignificó esta fiesta judía celebrando en ella, no ya las primicias de los frutos de la tierra, sino la primicia del fruto de la misión de Jesús: su Espíritu Santo. Así como el judaísmo celebra, en esta fiesta, la Alianza de Dios con su pueblo a través de la Ley; de manera análoga, los cristianos celebramos la Alianza definitiva entre Dios y su pueblo realizada por Jesús en cumplimiento de la profecía del libro de Jeremías en la cual

se prometía, de parte de Dios, una Alianza escrita espiritualmente en los corazones y no en las tablas de la Ley.<sup>1</sup>

El Pentecostés cristiano festeja esta Nueva Alianza celebrada por Jesús; exalta al Espíritu que la inscribe en los corazones y conmemoramos el origen, de algún modo, del nuevo Pueblo de Dios: la Iglesia.

El cristiano ya no da gracias a Dios presentando la ofrenda de los frutos de su tierra (el Pentecostés agrícola del Antiguo Testamento), sino que da gracias a Dios por el “*fruto*” del cumplimiento pleno de misión de Jesús que concede el Espíritu.

Empecemos ahora por las lecturas de esta liturgia. En la primera de ellas, tomada del Libro de los Hechos de los Apóstoles, se describe que la ciudad de Jerusalén estaba llena de gente debido a la celebración de la Fiesta.

En esta escena bíblica de Pentecostés, Lucas -el autor del Libro de los Hechos de los Apóstoles- sugiere de trasfondo la profecía de Isaías en la que se anuncia que todos los pueblos de la tierra confluirán en el Monte Sión<sup>2</sup>, uno de los montes principales de la ciudad santa para su congregación definitiva ya que, a partir de la confusión de lenguas acontecida en la torre de Babel<sup>3</sup>, la humanidad estaba dispersa. Hay como un cierto contrapunto implícito entre el Monte Sinaí, con el don de la Torá, y la torre de Babel, lugar de pecado y dispersión de los pueblos.

Lo que acontece en la escena relatada por San Lucas es un momento inaugural para aquellos que estaban reunidos, no solo en un mismo lugar, sino también con un mismo propósito. Recordemos que, en el relato de la Ascensión de Jesús del Libro de los Hechos de los Apóstoles, se utiliza la misma expresión “*los que estaban reunidos*”. Allí se afirma: “*los que estaban reunidos le preguntaron: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?».* Él les respondió: «*no les corresponde a ustedes conocer el tiempo y el momento que el Padre ha establecido con su propia autoridad. Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra*»” (Hch 1.6-8).

En la escena de Pentecostés, “*los que estaba reunidos*” tienen hasta ahora el mismo propósito: la restauración de Israel como proyecto judío del mesiánico político-liberador. Precisamente esa intencionalidad es la que el Espíritu transformará con una nueva percepción acerca de Jesús y su misión.

En medio de la escena, de repente adviene la irrupción. El ruido y el estupor congrega a las personas que estaban en el lugar. Es un fenómeno acústico ya que se oye un ruido impactante desde el cielo. La dirección es descendente, vertical y expansiva. No consiste en una voz articulada que se entiende. No habla una voz desde el cielo como en el Bautismo de Jesús<sup>4</sup> o en su Transfiguración<sup>5</sup>. No hay palabras comprensibles, sino solamente un ruido. A continuación se ven lenguas, no fuego. Específicamente son lenguas como de fuego.

---

<sup>1</sup> Cf. Jr 31, 31-34.

<sup>2</sup> Cf. Is 2,2-5.

<sup>3</sup> Cf. Gn 11,1-9.

<sup>4</sup> Cf. Mt 3,16.

<sup>5</sup> Cf. Mc 9,13.

La lengua (como comunicación idiomática) es lo que posibilita la comunicación, y en la Biblia, desde la torre de Babel, cada uno entiende su propia lengua y no entiende otra que no sea la suya. En Pentecostés, esas lenguas como de fuego descienden a cada uno, y lo que se entiende es lo que cada uno dice en su propio idioma. Se escucha la musicalidad de las distintas lenguas humanas, las allí representadas por los pueblos mencionados.

El texto menciona diversos lugares geográficos. La humanidad conocida en ese momento está dividida en 3 grupos: los pueblos antiguos de grandes civilizaciones (partos, medos y elamitas); los pueblos y regiones que -para el autor del Libro de los Hechos de los Apóstoles- eran parte de su presente (Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, el Asia Menor, Frigia, Panfilia, Egipto y Libia Cirenaica) y los nuevos pueblos que están llegando en ese momento a Jerusalén: judíos de las distintas regiones de Israel y también aquellos que estaban fuera de Israel, prosélitos venidos de Roma (paganos convertidos al judaísmo), cretenses y árabes.

En total son quince los pueblos y regiones mencionadas. Tres del pasado, nueve del presente en el que vivía el autor y cuatro nacionalidades que representan el futuro. Si se ve el mapa de las regiones mencionadas se observa que están sugeridos los cuatro puntos cardinales del espacio geográfico. Además en la mención de estos pueblos está sugerido la cronología del pasado, del presente y del futuro que empieza con ese Pentecostés.

Aquí hay todo un rico simbolismo que sugiere que el espacio y el tiempo -toda la geografía conocida y toda la historia hasta entonces contada- experimentan la venida del Espíritu.

En la tradición de los comentaristas de la Palabra de Dios, el misterio de Pentecostés lo han interpretado tanto como un fenómeno de locución (hablar en diversas lenguas humanas conocidas), como en un fenómeno de recepción y de interpretación de una lengua humana no entendida por aquél que la escucha, como también el llamado "*don de lenguas*" (el lenguaje sobrenatural del Espíritu Santo concedido al creyente en la oración).

Según lo mencionado en el Libro de los Hechos de los Apóstoles lo más probable es que el fenómeno consistió en hablar la propia lengua siendo entendida por todos. No obstante, siendo que hablemos nuestra lengua habitual, o escuchamos una lengua extranjera, o hagamos oración inspirados por el Espíritu de Dios, lo fundamental es que el texto remarca la comunicación, ya que de esto dependerá la misión de la Iglesia naciente: propagar -con la palabra humana- la Palabra de Dios en la Palabra de Jesús para todos los pueblos y las culturas.

Ciertamente en el texto no especifica qué es las personas dicen y las otras entienden. Siendo un fenómeno tanto visual como acústico, lo más importante es que todos se expresan, todos se escuchan y todos se entienden.

La humanidad entera (representada en los pueblos y en las regiones mencionadas) que estaba dispersa, desde Babel, es convocada en Jerusalén para entrar en una comunión expansiva que, si bien empieza en Jerusalén, debe esparcirse por el mundo.

Nuestras representaciones de Pentecostés son imágenes de alusión jerárquica: está el Espíritu, los Apóstoles y María. Si vamos al contexto inmediato de la escena relatada por San Lucas se afirma que "*Pedro se puso de pie en medio de los hermanos. Los que*

*estaban reunidos eran alrededor de ciento veinte personas”(1,15). Por lo tanto, Pentecostés no se dio en un pequeño grupo de personas, sino que advino en medio de una multitud.*

El texto afirma que *“todos quedaron llenos del Espíritu Santo” (2,4). El verbo aquí usado sugiere que no es un estado permanente, sino que es un momento intensamente puntual. Esta efusión del Espíritu corresponde solamente a este hecho. La presencia habitual del Espíritu Santo será otra cosa.*

En el Salmo responsorial, por su parte, aparece la imagen de “aliento” (o soplo) de Dios en relación al Espíritu ya que también está en la vida de la misma Creación: *“si retiras tu aliento, toda creatura muere y vuelve al polvo, pero envías tu Espíritu, que da vida, y renuevas el aspecto de la tierra” (Sal 103,29-30).*

En la segunda lectura, tomada de la Primera Carta del Apóstol San Pablo a los Corintios, la riqueza del Espíritu de Dios se prodiga en dones, servicios y actividades, cohesionando en unidad, por un lado; y diversificando en pluralidad, por el otro, a la Iglesia, la cual se compara a la diversidad de miembros en la unidad de un solo cuerpo.

La universalidad que sugiere la expansión del Espíritu entre pueblos, lenguas y culturas mencionada el Libro de los Hechos de los Apóstoles; también aquí aparece: *“todos nosotros, seamos judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo, y a todos se nos ha dado a beber del mismo Espíritu” (1 Co 12,13).* Aquí el Espíritu se lo asocia, como en otras parte de la Palabra de Dios, al agua<sup>6</sup> ya que se afirma que se nos ha dado a beber.

El Espíritu, por lo tanto, tiene muchas imágenes en la Palabra de Dios: soplo, aliento, viento, fuego, paloma, agua, etc. Todo estas representaciones sugieren la riqueza plural de este misterio de Dios.

En la Secuencia (Himno Poético) que la liturgia nos trae en honor al Espíritu Santo hay también una rica variedad de imágenes referida a los “títulos” otorgados al Espíritu de Dios (*“Padre de los pobres”; “Dador de todos los dones”; “Fuente de todo consuelo” y “Dulce Huésped de alma”*); a la misión del Espíritu en nosotros (*“luz para iluminarnos”, “luz que penetra en las almas”, “luz santificadora”, “paz en las horas de duelo”, “pausa en al trabajo”; “brisa fresca”, “consuelo en medio del llanto”*) y a los efectos o consecuencias de la acción del Espíritu en nosotros: *“lava nuestras manchas”, “fecunda nuestroas desiertos”; “cura nuestras heridas”; “doblega nuestra soberbia”, “derrite nuestra frialdad”, “endereza nuestras sendas”, “concede tus siete sagrados dones”.*

Teniendo la Biblia y la Tradición de la Iglesia tal variedad para describir al Espíritu Santo, parece curioso que, en la experiencia espiritual y pastoral, el Espíritu siga siendo *“El Tercero Olvidado”* del misterio de Dios. Es el *“Tercero Olvidado”* por nosotros; sin embargo, Él está muy presente en la Biblia, en la historia de la salvación y actuando su protagonismo también en este momento presente de la historia.

---

<sup>6</sup> Cf. Is 44,2; Jn 4, 14; 7,37.39; 1 Co 12,13.

En el Evangelio de este domingo, por ejemplo, la imagen que se usa es la del soplo. Jesús Resucitado sopla sobre sus Apóstoles. En el Evangelio de Juan así se narra el Pentecostés: el soplo de la vida nueva del Resucitado recrea todas las cosas y, sobre todo, confía a sus Apóstoles una expansión de su propia misión en el perdón.

Más allá de que algunos lean en este pasaje el fundamento del sacramento de la reconciliación y otros lean solo el servicio (no sacramental) del perdón ejercido por los Apóstoles, es importante advertir el nexo entre el Espíritu de Dios y el perdón humano.

En la Palabra de Dios, el perdón siempre está vinculado con una acción concreta de Dios, ya sea en el caso de Jesús, cuando sana y perdona en alguno de sus milagros<sup>7</sup>, o como una acción en la que se comunica el Espíritu de Dios, como es el pasaje del Evangelio de hoy.

El perdón no es un acto de esfuerzo humano para superar la ofensa infligida, sino que es una gracia de Dios que la confiere Jesús, en la fuerza del Espíritu, y se la comunica a su Iglesia. El perdón humano y el perdón concedido por la gracia de Dios, ya sea en el gesto fraterno<sup>8</sup> o en el sacramento, es siempre un don divino.

Desde esta riqueza de la Persona del Espíritu presentada a través de la Biblia en las lecturas de este domingo –el Espíritu en Pentecostés (primera lectura); el Espíritu en la Creación (Salmo); el Espíritu en la diversidad de los dones distribuidos; el Espíritu en la unidad del Cuerpo de la Iglesia (segunda Lectura); el Espíritu, Jesús Resucitado y los Apóstoles (Evangelio); el Espíritu y los Apóstoles (tanto en la misión de evangelizar presentada en el Libro de los Hechos, como en el sacramento de la reconciliación referido por el Evangelio)- resulta curioso que tan poco mencionemos e invoquemos al Espíritu. En muchos casos, aún tenemos un cristianismo algo “inmaduro” y “recortado”. No hay excusa para dejar de lado al Espíritu.

Tampoco hay que creer que solo la Iglesia tiene el “monopolio” del Espíritu Santo o que ella puede administrar celosamente su gestión. En las lecturas de hoy, el Espíritu sopla en la Creación, pasa por la Iglesia y se expande libremente por el mundo, por todos sus pueblos y sus culturas. Nada, ni nadie puede atrapar, ni encerrar al Espíritu que “sopla donde quiere” (Jn 3,8).

## **2. Pentecostés hoy: el Espíritu de Dios nos impulsa hacia un nuevo orden mundial**

Pentecostés, como todos los misterios de Dios, no es un acontecido pasado, sino que, de muchas maneras, algunas perceptibles y otras no tanto, sigue aconteciendo en la Iglesia para que continúe universalizándose y sigue sucediendo en la vida personal de los creyentes.

El Pentecostés de este año ciertamente se da en un escenario del mundo y de la Iglesia distinto por la situación de la pandemia. Es por eso que, con discernimiento, debemos contemplar al Espíritu de Dios y contemplar el presente de la humanidad y de la Iglesia y preguntarnos qué es lo que quiere mostrarnos ahora el Espíritu, tanto en el mundo como en la Iglesia, ya que hay momentos en los cuales la Iglesia transita -de una manera particular- el camino de la humanidad, como en estos momentos, por ejemplo.

---

<sup>7</sup> Cf. Mt 9,5; Lc 5,23.

<sup>8</sup> Cf. Mt 5,23-24.

Es preciso que los creyentes podamos dejarnos interpelar y leer el hito histórico de la pandemia como un *“signo de los tiempos”* en el contexto actual. Sabemos que el Espíritu de Dios nos invita, en este presente, a repensar todo: nuestro modo de relacionarnos con nosotros mismos y entre nosotros, con la naturaleza, con la sociedad, con la Iglesia y con Dios.

Este momento es una oportunidad única para que repensemos críticamente nuestro modo de habitar la Casa Común y pensar cómo nos relacionamos con la naturaleza, cómo habitamos este planeta que está vivo y es viviente; cómo convivimos socialmente y cómo nos relacionamos, cómo producimos y cómo consumimos como sociedad y cómo somos una Iglesia viva y no un museo religioso de antigüedades.

Hemos cobrado conciencia que somos seres de relación y en relaciones. Somos nudos vinculares hacia todas las direcciones. Dependemos unos de otros en una solidaridad corresponsable para el cuidado mutuo.

Es momento para despertar a la razón sensible y cordial, superando la indiferencia e inventando otras formas de habitar el mundo y la naturaleza; otras formas de pertenencia social y eclesial; y otras formas más humanas de re-vincularnos a todo humano y con todo lo creado.

Para esto es preciso resituarnos frente a nuestras opciones, valores, proyectos y seguridades. Incluso propiciar una mirada nueva acerca de la condición humana, la vida, la salud y la muerte. Se ha vivido una cultura anti-vida y una cultura negadora de la presencia interpelante de la muerte. Debemos contemplar la muerte que siempre está en la vida y también la vida que siempre hay en la muerte. Admirar el entrelace pascual y natural de la existencia.

La pandemia no es el fin del mundo. A lo largo de nuestra historia humana ha habido, más de una vez, un fin del mundo pronosticado (incluso con fecha precisa). Sucesivamente, a lo largo del devenir del tiempo, siempre hay algún fin de un mundo; el fin de un mundo estructural que deja de funcionar y el fin de un ciclo con sus paradigmas que comienzan a no ser portadores de sentido y se requiere inventar culturalmente otros lenguajes para las nuevas realidades que advienen.

La pandemia ha puesto al descubierto la fragilidad de todo nuestro sistema global y su contrato social, cuestionando las debilidades de nuestras democracias. El colapso del mercado de valores del sistema especulativo e individualista nos ha mostrado que hay bienes y servicios que deben quedar fuera de las leyes del mercado y estar disponibles para todos, para cualquier ciudadano. No basta en un mundo de cuarentena la mera virtualidad y la hiperinformación. Se necesita un cambio de paradigma, de mentalidad, de perspectiva y de estilo de vida. El orden social es preciso que sea profundamente reconvertido.

Si pensamos que cuando pase la pandemia volveremos a la normalidad de nuestras prácticas habituales es una pequeña pretensión que no alcanza para ensayar las nuevas respuestas que nos han dejado las grandes preguntas que, como sociedad, nos hemos hecho en este tiempo. Estamos ante un desafío histórico que requiere un salto cualitativo y audaz hacia otra dirección, una orientación totalmente distinta.



Existen realidades estructurales que generan inequidad, desigualdad, injusticia, pobreza, violencia e inseguridad. Es preciso una prioridad ética, asumida en proyectos concretos que abran posibilidades de acción y fomenten el cambio. Estamos ante la disyuntiva de construir un mundo de vigilancia totalitaria o una sociedad de ciudadanos corresponsables y protagonistas. Hay que elegir entre el aislamiento nacionalista de los países o la conciencia de una solidaridad global que apunte hacia un humanismo de cooperación mundial, sin exclusiones, ni fronteras.

Es un momento propicio para diseñar y crear un nuevo sistema, una nueva estructuración, un nuevo orden mundial. Eso es lo que se hizo en distintos momentos de inflexión histórica. También ahora se puede hacer. Sobre todo que actualmente estamos (supuestamente) más desarrollados y más evolucionados. Lo importante es que todos nos demos cuenta de que éste es el momento de la transformación ya que, al igual que -en el plano psicológico personal- lo no se resuelve, queda reprimido y sale de nuevo, aún más agudamente.

Las enormes desigualdades e inequidades que ha revelado esta crisis social, sanitaria, económico-financiera, laboral y educativa tienen que ser asumidas y revertidas. La pandemia generó una crisis humanitaria. Tal vez no hay que apuntalar y remendar las estructuras y organizaciones averiadas para que sigan siendo lo mismo. A lo mejor, hay que dejar caer el sistema conocido para que tengamos la valentía de crear algo realmente distinto. Es necesario que se invierta definitivamente la pirámide del sistema social y también la pirámide eclesial. Hay que generar un camino de profunda reflexión y de construcción colectiva.

La corresponsabilidad comunitaria y el esfuerzo común señalan tiempos de esperanzas, de utopías posibles y de sueños alcanzables. Debemos aspirar a un sistema donde los últimos sean los primeros en el cuidado de todos.

En este momento lo más importante es aquello que aún no vemos, aquello incluso que aún no existe: aquello que, entre todos, podemos crear, inventar, diseñar y construir. Hay transiciones históricas en las que la humanidad se autopercibe como lo que realmente es: una sola comunidad humana, un solo colectivo global.

Es tiempo de aprender a vivir de manera diferente. Tenemos que sobrevivir esta pandemia para poder vivir, como sociedad y como Iglesia, a partir de un cambio real y radical. No importa que sea progresivo y lento. Lo importantes es que sea consciente y sostenido.

Ojalá el Espíritu de Dios que sigue escribiendo con sus trazos invisibles las entrelíneas de la historia que escribimos los seres humanos nos permita interpretar esta hora tan importante de la humanidad y de la Iglesia como un Pentecostés en el cual cada uno, con su propia lengua y cultura, pueda abrirse a los otros y que cada ciudad, país o región pueda, en la post-pandemia, abrir –no solo sus fronteras geográficas- sino abrir las fronteras que nos impiden crecer en la conciencia y en la experiencia de ser, esencialmente, una sola humanidad dispersa a la que el Espíritu convoca y hace, en unidad y pluralidad, una mayor comunión. Por algo estando pasado, como humanidad entera y sociedad global, este momento histórico único y singular. Dios no lo confía para ser mejores.

### **Preguntas para el discernimiento**

1. ¿Cuán presente está en tu vida, en tu oración, en tu acción y en tu testimonio el Espíritu Santo?
2. ¿Qué imagen de las usadas por la Biblia te parece más evocadora del Espíritu y por qué?
3. ¿Por qué en la vida espiritual, en la liturgia y en la pastoral, tenemos tan poco presente al Espíritu Santo?

### **Oración**

Espíritu de Dios que naces del soplo de Jesús  
danos la suave brisa de tu caricia,  
expande nuestro corazón,  
abre nuestra mente,  
cura nuestros afectos y vínculos,  
sana nuestras dolencias y las del mundo roto y herido.

Que tu soplo llegue hasta lo más hondo,  
alcance las profundidades de nuestro misterio  
y lo habite con su luz.

Amén.